

EDITORIAL

Bioética latinoamericana y caribeña ¿hacia un giro descolonial?

Parece imposible el pensar desde un aleph puntual, carente de lugar y de historia, desde y hacia el cual se proyecte el universo entero. Al reflexionar surge así la necesidad de la lugarización- como contrapartida de la arrasadora globalización, con su consecuente historización, actualizando viejos y nunca saldados debates al estilo universalismo-particularismo o individuo-sociedad, pero ahora resignificados por miradas desde Latinoamérica y el Caribe (LAC), inmersas en el estudio de la colonialidad del poder, del saber y del ser. De la mano de autores fundacionales como Quijano, Escobar, Mignolo, Dussel¹, se ponen en cuestión tanto las interpretaciones de la ortodoxia académica clásica como las de los estudios poscoloniales provenientes del mundo anglo², enfocándose en las especificidades de nuestra región. Se plantea así que el colonialismo no es solamente un fenómeno económico y político sino que “posee una dimensión epistémica vinculada con el nacimiento de las ciencias humanas, tanto en el centro como en la periferia”, en palabras de Castro-Gómez. La creación de un paradigma epistemológico eurocentrado no sólo para estas ciencias sino también para las naturales fue útil para clasificar y categorizar el mundo, dividiéndolo en razas, más o menos avanzadas según la blancura de su piel, y brindando explicaciones robustas que legitimaban el poder colonial. La generación de un otro, en un sitio entre animal y humano, pleno de atributos de salvajismo y hasta antropófago, justificaba la salvífica empresa de explotarlos para hacerse cargo de sus tierras, riquezas, y eventuales almas. Pero también la de homogeneizarlos a través de una educación en la mirada metropolitana, el uso de lenguas ajenas, y la generación de un orden jurídico monocultural. Es así que se desarrolla la colonialidad, como instancia poscolonial, vigente

aún luego de declaradas nuestras respectivas independencias formales, y sostenida en las elites gobernantes locales, en su mayoría educadas en la mirada eurocéntrica.

Paralelamente a la revisión académica de estas situaciones de colonialidad, surgen en nuestra región vigorosos movimientos sociales emancipatorios, en especial de indígenas y campesinos, históricamente portadores de reivindicaciones que ponen en cuestión estructuras de poder y explotación, e introducen en sus reclamos cosmovisiones que cuestionan con fuerza nociones tradicionales como la de desarrollo. La interacción entre estas dinámicas sociales y la academia resulta una potente usina generadora de nuevas ideas y conceptos, a su vez plenos de potencialidad e interrogantes. La noción de vida buena – *sumak kawsay*, *ñañde reko*, o *suma qamaña* – vinculada a la vida en armonía con la naturaleza, instalada a su vez como sujeto de derechos en nuevas Constituciones latinoamericanas, irrumpe en rápida sintonía con los diversos movimientos ecologistas, aportando entre otras muchas cosas nuevos interrogantes ontológicos. La depredación ambiental regional, a través de los procesos neoextractivistas de acumulación por desposesión, es puesta en jaque por organizaciones y luchas populares. Comienzan a oírse voces provenientes del ámbito de la bioética que se hacen eco de estas crónicas de lucha, y plantean una revisión de teorías y prácticas que las tomen en cuenta. La noción misma de derechos humanos, cara a la bioética LAC, es puesta en tensión por críticas que provienen de los movimientos sociales y que comienzan a verlos como instrumentos imperiales, aunque sin dejarlos de lado como potente herramienta reivindicativa.

En medio de estas situaciones de tensión social y epistémica es preciso dar la bienvenida a quienes, sintonizando con luchas emancipatorias, llaman a un *aggiornamento* de la bioética LAC. Sin embargo, parece oportuno reflexionar sobre el desafío

1 Y también Wallerstein, Castro-Gómez, Walsh, Grosfoguel, Rivera Cusicanqui y muchos otros/os que sería imposible mencionar en estas líneas.

2 Con la “trinidad” de Said, Bhabha y Spivak, como representantes más significativos.

que la “descolonialidad”³ conlleva, para una bioética basada predominantemente sobre estamentos académicos de las universidades, instituciones de por sí conservadoras de su trayectoria vinculada al eurocentrismo, al haber sido justamente fundadas como parte del repertorio educativo de la colonialidad para formar a sus elites locales.

Una de las consecuencias de inclinarse hacia la búsqueda de un pensamiento descolonial es la necesidad de adoptar una actitud de escucha humilde hacia “saberes otros”, saberes híbridos, mestizos, poco pulcros a veces para la sistemática de investigación académica. También la idea de “indisciplinar las disciplinas” (Walsh 2007)⁴, admitiendo la borrosidad porosa de los saberes sociales, y la insuficiencia de las epistemologías totalizadoras. En palabras de Catherine Walsh “Lo que necesitamos todos/as, es un giro distinto, un giro que parta no de la lucha de clases, sino de la lucha de la decolonialidad, haciendo ver de este modo la complicidad modernidad-colonialidad como marco central que sigue organizando y orientando “las ciencias” y el pensamiento académico-intelectual.” Como vemos, con cierta irreverencia o insubordinación, se duda de todo, o casi todo, y se reclaman nuevas interpretaciones de instrumentos teóricos consagrados por el tiempo, como nuestra “vieja” lucha de clases. Se postula el “pensamiento fronterizo”, incómoda ubicación para quienes hemos trabajado durante años en el esfuerzo de demarcar fronteras epistemológicas propias (y quedar dentro de las mismas...).

No es este el espacio para un análisis del pensamiento descolonial, pero si aspiramos a que la bioética LAC trabaje sus categorías - no sin revisarlas críticamente -, se nos plantean algunas necesidades, la primera de las cuales sería entrar en un diálogo con sus académicos, y también con los movimientos sociales que han colocado estos temas en la agenda pública regional a través de sus luchas. Las habituales reuniones de

bioética entre bioeticistas podrían quizás ser así más abiertas, vivaces y productivas, aunque se pueda intuir una crítica hacia nuestra trayectoria referencial hacia Europa y Estados Unidos, que vienen fijando exitosamente los términos de las conversaciones bioéticas a través del mero peso de su influencia comercial en el mercado de la salud y sobre todo de los medicamentos. Quizás haya llegado el momento de radicalizar las críticas y replantear el sentido mismo de las ideas de ciencia, salud, desarrollo, investigación y su significado para nuestra región.

En fin, parece haber llegado el tiempo de escuchar otras voces/voces otras.

Luis Justo

NB. Deliberadamente he intentado prescindir de las citas bibliográficas, pero recomiendo a quien esté interesada/o en el tema, la excelente compilación de Castro-Gómez y Grosfoguel “El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global”. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007. Se puede acceder al texto completo en <http://dc616.4shared.com/doc/cuF8lw2/preview.html>.

3 Frecuentemente mencionado como “decolonialidad”, nos parece más apropiado el prefijo privativo del español -des-, ya que -de asimila la grafía al término inglés “decoloniality”. Utilizaré, por lo tanto, el término descolonialidad en estas líneas.

4 WALSH C. 2007. ¿Son posibles unaciencias sociales/culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales. NÓMADAS, 102, N°26, Abril 2007, 102-113.